

Homilía del viernes de la 6ª semana de Pascua

27 de mayo de 2022

Hechos 18:9-18; Juan 16:20-23

Homilía

Como vimos la semana pasada, los Hechos de los Apóstoles nos ofrecen una descripción maravillosamente realista de las interacciones e incluso de las tensiones dentro de la primera comunidad cristiana de Jerusalén. Hemos visto cómo Bernabé fue a Tarsis a buscar a Pablo y cómo trabajaron juntos antes de separarse y continuar su labor evangelizadora, cada uno por su cuenta. Hoy vemos las dificultades de Pablo con los judíos de Atenas y sus primeras dificultades con la justicia romana. Afortunadamente, en esta ocasión, todo acaba bien. No siempre será así, como sabemos.

Esto nos recuerda que aún hoy la Iglesia se construye no tanto a través de grandes manifestaciones y acontecimientos, sino sobre todo a través de la vida ordinaria de cada cristiano. Es a través de nuestra experiencia diaria del Evangelio, con nuestros éxitos y fracasos, a través de nuestra comunión y tensiones, que nuestra comunidad y nuestra Iglesia se construyen y crecen.

En el Evangelio de hoy tenemos otro segmento del largo discurso de Jesús en la Última Cena. Habla a sus discípulos sobre su crecimiento personal y colectivo, utilizando, como hace a menudo, imágenes extraídas de los elementos y momentos más importantes de la vida humana: la alegría y la tristeza, el dolor y el consuelo, la vida y la muerte. Ya había explicado a Nicodemo, al principio de su vida pública, que a menos que uno nazca de nuevo no puede entrar en la Vida. Aquí nos recuerda que todo nacimiento implica dolor. Experimentar dolor y pena en nuestras vidas es una experiencia humana normal. Pero también sabemos que el dolor puede transformarse en alegría, como la alegría de la mujer que acaba de dar a luz. Cada vez que crecemos de verdad, cada vez que nace un nuevo ser, podemos y debemos alegrarnos.